

La complejidad a la que nos encaminamos

Margarita Salazar Mendoza

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0002-5599-4626

DESDE FINALES DEL SIGLO XX y durante este XXI nos hemos acostumbrado al uso del Internet. Quienes crecimos y nos formamos durante las tres o cuatro últimas décadas del siglo pasado sabemos de la sorpresa de tal invento. Aprendimos a dejar a un lado el teléfono fijo y a comunicarnos con los demás a través del correo electrónico.

Por aquella época los jóvenes veían ya con normalidad la calculadora que se les permitía llevar a la preparatoria, primero, y después incluso a la secundaria, nadie se molestaba en preguntarse cómo es que se le ordenaba multiplicar 2×2 o sumar $5 + 4$ y el aparato daba la respuesta exacta. Sin embargo, todavía no era tan difícil entender que se trataba de un programa alimentado con operaciones tan básicas. Luego apareció la calculadora científica, que era capaz de sacar la raíz cuadrada o porcentajes o realizar otras operaciones más complejas.

Mas una cosa es el medio y otra la fuente, amén del mensaje, emisor y receptor. Internet es el medio de transmisión, mientras que el *www* (*World Wide Web*) es el sistema, una especie de mundo lleno de información. A ese sitio es a donde entra el usuario a buscar el documento, el archivo, el dato que desea.

Antes, los profesores universitarios o los científicos que se dedicaban a la investigación debían acudir a las bibliotecas a buscar los libros que les permitieran hacerse del conocimiento necesario para fundamentar sus propuestas o sus hallazgos, o bien, para rebatir aquello que se creía cierto y que luego resultaba que no lo era. Sólo recordemos que Miguel Servet fue quemado vivo por atreverse a decir que la sangre circulaba dentro de nuestro cuerpo; o Galileo, quien afirmaba que la tierra gira alrededor del sol y que se salvó de la hoguera gracias a sus relaciones interpersonales.

El Internet permitió y provocó que mucho material empezara a ser digitalizado y puesto a disposición de los usuarios, lo cual disminuyó los viajes en su búsqueda.



Aparecieron las revistas electrónicas, que publican los avances de los científicos. Sabemos del prestigio de las publicaciones, unas son más serias tanto en su contenido como en su periodicidad y otras son más volátiles, menos estables. Las hay con suficientes recursos y las que no se pueden sostener ni siquiera un año. Las de mayor prestigio albergan las voces de los más sabios y las que compiten por tener un lugar en ese mundo, dan la palabra a la masa de todos aquellos que se van incrustando en el ambiente cultural.

El Internet también propició la aparición de infinidad de programas informáticos (*software*), herramientas que permiten llevar a cabo tal o cual tarea; muchos de ellos requieren internet para ser utilizados; los que privilegiaban, por ejemplo, textos no mayores a 140 caracteres; los que fungen como aparador individual; o, más recientemente, los que se dedicaron a difundir videos en los que los protagonistas son el público amplio e impreciso.

Si entendemos que los años siempre permiten la acumulación, entonces nos es fácil comprender que la información que encontrábamos a través de Internet en el año 2000 era menor que la que estaba almacenada en el 2010 o la que luego circulaba en el 2020.

La idea de que toda la información esté disponible en una fuente ya había sido planteada por Jorge Luis Borges en su "Biblioteca de Babel", en 1941. Elucubraciones que se hicieron más agudas también en "El libro de arena" de 1975. Tal parecía navegar en Internet allá por

los primeros años de este siglo: una página electrónica llevaba a otra y ésta a otra y así sucesivamente hasta que el usuario se perdía y le era imposible volver a un punto determinado.

Actualmente, los jóvenes sobre todo, pero sin dejar de lado a los adolescentes y a los adultos, ven con normalidad poseer un aparato personal que les permite estar conectados a través del Internet con infinidad de personas en el mundo y tener a la mano más información de la que requieren en su vida. Sin embargo, prefieren aquella más superficial, más banal; no leen más, aunque haya más libros circulando por ahí; vaya, ni siquiera son críticos de los retos que se les presentan por ese medio, más bien entran rápidamente en los juegos, aunque eso implique un peligro físico para ellos.

Así mismo, se han ido sumando programas de radio y televisión, publicaciones periódicas, enciclopedias electrónicas, se ha digitalizado un alto porcentaje de los libros contenidos en las grandes bibliotecas. Pensemos en Cervantes Virtual, en la Biblioteca Nacional de España, la del Congreso de los Estados Unidos, sin mencionar las bibliotecas de innumerables universidades del globo. Mucho de ello asequible a través de Internet.

En otras palabras, la información disponible es muchísimo más grande que la que un solo usuario alcanza a revisar. Esa información está grabada, se pica un botón por aquí, otro por allá, y se obtienen datos precisos, sobre todos, los históricos.



Esos cerebros —potentes equipos de cómputo— también contienen relatos no científicos, sino emocionales, las historias literarias, las cartas de amor... todas las palabras de todas las lenguas están ya registradas ahí, en distintas combinaciones, repetidas, bien o mal usadas, expresadas en diferentes contextos y con diversos sentidos.

Si a todos esos documentos que se conservan en los servidores (potentes máquinas en lugares muy específicos) se le une el hecho de que el avance tecnológico ha descubierto formas para que los usuarios no se molesten en leer sino en escuchar, la cosa se vuelve compleja.

Pensemos, por ejemplo, en los programas de voz. Se han incluido cámaras y micrófonos tanto para grabar imágenes y sonidos como para escucharlos y verlas. Así pues, todo lo ahí grabado, en ese mundo virtual, se puede tomar a través de Internet. Ahora nadie batalla por encontrar una receta para preparar carne de cerdo o un libro clásico para su lectura nocturna o el mapa que le permita trasladarse desde un punto a otro.

El peligro es que también en ese sistema se encuentra una gran cantidad de información falsa. La hay que ha sido puesta en circulación a través de las redes sociales.

Recientemente nos hemos enterado (aunque su origen no es tan reciente) de un nuevo programa llamado ChatGPT. Se trata de un *software* al que se puede preguntar sobre infinidad de temas, eso dependerá de la curiosidad del usuario.

El programa responde, por supuesto, tomando la información de múltiples fuentes. Se distingue por tratarse de eso, de un chat, es decir, de un programa que permite el “diálogo” con la máquina.

Así, si se pregunta, por ejemplo, cuál fue la producción mundial de maíz durante un año o una década, recurrirá a través de internet a la información disponible en múltiples fuentes electrónicas. Ese simple dato, sin el Internet y sin esas fuentes en donde está almacenada la información existente sobre dicha planta y su consumo, no estaría al alcance de ningún humano; a menos que tuviera una gran biblioteca y su propia colección de revistas y discos con reportajes y un sinfín de documentos en los que estuvieran registrados los datos relativos a la pregunta.

Es entendible entonces, que se hable de inteligencia artificial gracias a la acumulación de información en una máquina y al alcance de sus usuarios, ya sea a través de preguntas de forma oral o escrita. Pero, se corre el riesgo de que la misma máquina tergiverse la información que emita pues, hasta la fecha, no tendría discernimiento de juicio, un aspecto humano importantísimo a la hora de tratar con los demás; de ahí que se diga que no posee el poder de opinar.

Durante junio leí un par de artículos, precisamente emitidos por el chatGPT. Se le preguntó cuáles eran las ciudades más feas, ya fuera del mundo o de un país en particular. Entre sus respuestas mencionó una ciu-



dad que la UNESCO declaró patrimonio de la Humanidad.

Por otra parte, no es increíble ni imposible que un programa informático haya logrado en 24 horas un nivel de juego más complejo que el logrado por los individuos durante sus vidas; o que un nuevo programa haya dominado a otro en tan sólo cuatro horas de autoaprendizaje. Definitivamente, era posible, ¿por qué? Porque son números, matemáticas.

Así como un programa considera todas las opciones posibles en un juego de ajedrez también responderá con exactitud el Examen de Licencias Médicas de los Estados Unidos. Recordemos que en el 2011 un ordenador de IBM ganó el Jeopardy, un concurso de preguntas y respuestas.

Es absurdo, por otra parte, que entre los investigadores, sobre todo del mundo académico, estén incluyendo a un programa como coautor. ChatGPT no discurre, no compone, no discierne, sino que entrega la información de que dispone, confiable o absurda, pero nada más. No olvidemos que dos son los aspectos que hacen

posible un programa tal: la lógica matemática y el desarrollo tecnológico sobre electrónica.

Ya en mayo había encontrado en las redes también una nota sobre el programa antecedente de este que ahora ha causado tanto revuelo. El hecho de que estos programas puedan responder oralmente, es decir, platicar con el usuario permite que el receptor “crea” que está ante una persona y que necesita intimidad en sus conversaciones personales.

Un ser inteligente posee ciertas características: posee cualidades mentales tales como las creencias y las intenciones, busca el sentido aún entre ideas ambiguas o contradictorias, distingue entre dos situaciones similares. No nos enfrentamos a una persona, sino a una máquina; eso no debe olvidarse, una máquina compleja, cierto, pero una máquina finalmente.

